

## MARRUECOS Y OCCIDENTE

Varias veces y en sitios diversos hemos planteado la necesidad de que las cuestiones de las relaciones entre España y Marruecos sean tratadas en profundidad, no en superficie, y que a los caprichos de interpretación personal sustituyan los procedimientos exactamente universitarios, para que el tema pierda el falso aire exótico, e incluso deje de incluirse en el llamado «africanismo» para devolverle su carácter sencillo de relación familiar sobre un mismo suelo de Pirineos al Sahara. Algunos hechos recientes que no pueden dejarse de reseñar plantean la urgencia de impulsar la faceta de esos lazos familiares que se llama «cultura hispanoárabe» o «candaluza». Y al mismo tiempo la hacen centro de un problema general mediterráneo.

Comenzando por la zona jalifiana del Protectorado, se ve que la más apasionante encuesta del año 1948 es la que don Fernando Valderrama, miembro de la Delegación de Educación y Cultura, planteaba recientemente en el primer número del semanario bilingüe en español y árabe *El Día* (AN-NAHAAR). Bajo el título «¿Oriente? ¿Occidente?», destacaba el hecho de que Marruecos es un país que está sediento de cultura y precisa de medios para calmar esta sed que tendrá que tomar de otros países. Por eso se preguntaba el autor de ese artículo cuál sería el rumbo que Marruecos deberá tomar, si a Oriente, que él identificaba con Egipto, o a Occi-

dente, que él identificaba con España. Después llegaba a la conclusión de que «Marruecos es, por encima de todo, un país occidental y su vida ha estado y estará siempre ligada a los países de Occidente, sobre todo a España, por razón de ese mismo imperativo geográfico.»

Entre los medios musulmanes cultos de Tetuán produjo gran sensación el dilema de los dos rumbos, no sólo por el cargo de quien lo exponía, sino también por relacionarse con la orientación del país desde todos sus aspectos, cultural, económico y político. El principal efecto de esa reacción fué una cortés, pero decidida protesta general, cuyos polos podrían resumirse con los ejemplos de un comentarista que firmaba «Ali» y del profesor Hamadi Ben Abdesselam. El primero desafiaba a que se lleve a cabo el plan de desviar Marruecos de Oriente a Occidente, sea en el tiempo que sea, porque «la orientación del Magreb a Oriente es natural y como la inclinación del individuo a su parentela, a pesar del tiempo y distancia. Occidente es, simplemente, vecino de Marruecos, pero Oriente es su propia familia y hermanos, y para cada uno la consideración que se merece, al vecino la suya y al pariente la correspondiente, y no es lógico preferir aquél a éste». El otro comentarista, más tranquilo, se mostraba partidario de simultanear las dos orientaciones de enseñanza, que él consideraba igualmente necesarias, pero basándose inicialmente en la primera por razones de religión e idioma.

En el fondo, todos tenían y tienen razón. Pero también todos desvían la cuestión de su verdadero eje, al basar la discusión en dos premisas subentendidas que son igualmente falsas: 1.ª La de que las confusas palabras Oriente y Occidente, susceptibles de muchas interpretaciones, puedan aplicarse, respectivamente, al Islam

y a Europa, como términos de una antítesis. 2.ª La de que España sea la representación genuina de lo europeo para los marroquíes, y Egipto la representativa de la cultura musulmana ante el Magreb.

Un número especial de los *Cahiers du Sud*, publicado en Marsella a fines de 1947 bajo el título de «L'Is-lam et l'Occident», constituye hoy todavía la mayor actualidad cultural en los tres países del Magreb, fuera de las fronteras jafifianas, y viene a demostrar que no existe la antítesis citada. Los más célebres arabistas e islamistas de lengua francesa, junto con algunos de otros sitios y con los más modernizados sabios de Egipto, coinciden allí en afirmar que las civilizaciones de Europa meridional y el Levante musulmán tienen en común las mismas tendencias universalistas. Algunos creen que eso se debe a la acción del cuadro geográfico mediterráneo, que es el único hecho a la medida del hombre y de lo humano. Otros piensan que la identidad profunda entre lo islámico y lo europeo neolatino tiene por causa que el fondo religioso formado por la Iglesia católica y el Corán reposa en principios ideológicos semejantes (y a esto aporta sólidos argumentos el texto que reproduce *Cahiers du Sud* de Don Miguel Asín Palacios). Dermenghem acude a un hadit o tradición de Mahommed diciendo que él fué enviado para mejorar lo que hay de generoso en cada criatura humana. Massignon ve en ese individualismo religioso un estilo «humanista». El editorialista de los *Cuadernos del Sur* recuerda que el Islam intervino en la Edad Media para salvar una herencia clásica «aux moments troubles comme ceux que nous traversons». Y, por último, el Chej Abderrazeq (que hace poco murió siendo rector de esa Universidad Al Azhar llamada por algunos «pequeño Vaticano del Is-

lam») ponía al citado número especial su sello definitivo diciendo: «Yo no veo ninguna razón real de colocar en oposición el Islam y Occidente, porque el Islam en sí no contiene nada de contrario al Occidente en sí, y lo mismo la idea de Occidente no es contraria a la del Islam».

Con todo ello coincide, aunque partiendo de otros puntos iniciales, nada menos que Al-lal el Fasi, es decir, el jefe del más importante y combativo de los partidos nacionalistas marroquíes, el cual, a pesar de las intransigencias que su papel de *leader* de ZAIM, le obligan a manifestar en lo político, al tratar de la cultura en general coincide con los expertos franceses y las autoridades islámicas de El Cairo. En una conferencia dada en París en la Maison de la Pensée Française, y reproducida por la revista *Climats*, Al-lal El Fasi decía no hace mucho tiempo: «Es de un gran interés que recordemos que vosotros latinos y nosotros árabes somos los hijos de una misma civilización, esta misma civilización que formaron los egipcios, los fenicios, los griegos, los romanos, los judíos, los cristianos y los árabes musulmanes. Esta civilización es la civilización mediterránea cuyos numerosos elementos fundamentales han formado esta mentalidad con la cual vivimos y estos valores morales que hacen de nosotros los protectores de la libertad y defensores de la justicia... La Historia por sus relaciones intelectuales y espirituales ha forjado en nosotros esta naturaleza mediterránea con todas sus cualidades y particularidades.» Por la verdad objetiva de la unidad de la civilización clásica en el mar interior, Al-lal el Fasi insiste en la necesidad de «trabajar por la unificación de los estudios árabes, griegos y latinos a fin de que la unidad de pensamiento y de orientación intelectual persista en el porvenir de nuestra cultura... Los árabes con la ayuda del pensamien-

to griego y el método romano han formado su espíritu y su manera de vivir hasta en sus menores apariencias. El Islam reconoció la Biblia y los Evangelios, Mahoma vino para continuar la obra de Jesucristo concerniente a la dulcificación del alma y al perfeccionamiento del espíritu».

Mientras en las diferentes revistas de los distintos sitios hispanomarroquíes o francomarroquíes se exponían los textos citados y otros muchos más sobre la armonía natural entre los dos lados Este y Oeste del Mediterráneo, en la Facultad de Derecho de la Sorbona parisiense se ha hecho uno de los primeros actos prácticos de enlace, o sea, la explicación de un curso completo de Derecho musulmán paralelamente a los cursos habituales de canónico y romano. Ha estado a cargo del jurista marroquí el Hach Ahmed Buchaib Zemmuri, y su organización se debió juntamente al arabista Louis Massignon y al decano De La Morandière. Con ello se da a la cuestión del conocimiento objetivo organizado su dimensión exacta que sólo puede ser la universitaria, con el mismo sentido que lo universitario tenía en sus orígenes medievales, es decir, el metafísico teológico. Un estudio de los citados *Cahiers du Sud*, original de François Bonjean (es decir, del novelista que en obras como *Mansour* y *Confessions d'une fille de la nuit* ha llegado más hondo en la comprensión de psicologías musulmanas de transición) aporta a esa convicción las experiencias directas y variadas de toda una vida de educador en los más diversos países del Islam, desde la India a Marruecos. Refiriéndose a este último país, dice: «El mejor terreno de los alumnos musulmanes, para recibir la cultura moderna, es aquel que ha sido preparado por el conocimiento lo más profundo posible de la cultura musulmana. Recíprocamente, la

mejor preparación para los franceses a penetrar los arcanos del Islam consiste en una cultura francesa profunda, es decir, orientada hacia lo que pudiera llamarse la historia de lo espiritual...; en otros términos, un joven marroquí, por ejemplo, discernirá tanto mejor lo que puede haber de estimable, de escondido, de digno de investigación y de adhesión en nuestra alta cultura y en nuestra vida de todos los días, en cuanto él mismo tenga un sentimiento más profundo de las partes que han permanecido vivientes en su propia tradición.»

En resumen, las diferentes opiniones técnicas que de Francia al Levante arábigo o al Magreb se cruzan coinciden en la necesidad de restablecer un frente humano común con base mediterránea por dos razones. La del resultado de Geografía e Historia que han creado unidades de sentimientos o entrecruces raciales entre los pueblos ribereños del ex *Mare nostrum*. Y el deseo ansioso de unión defensiva entre los espiritualismos para resistir al vértigo mundial que ataca hoy violentamente los valores eternos. Viendo que «après de nous dans le temps et dans l'étendue l'Islam apaise des millions d'âmes par ses certitudes» se quiere incorporar su serenidad a lo que ahora es moda denominar «espíritu europeo occidental». Pero luego resulta que ese cruce no puede hacerse de manera abstracta porque hace falta un sitio tangible y concreto donde lo grecolatino y lo arábigo, lo vaticanista y lo coránico, lo europeo más juvenilmente atlántico, y la sabiduría del milenario Levante semítico, se fundan y se unifican. Los eruditos no encuentran ese sitio y eso parece dejar en el aire los buenos deseos.

Pero objetivamente se ve cómo el punto esencial en que todos los valores citados se han combinado siempre mejor ha sido el doble lado hispanomarroquí con su co-

mún denominador y vértice en Andalucía. Hoy está demostrado que la civilización hispanomusulmana de los dos grandes períodos cordobés y almohade fué continuación de la hispánica en los períodos cartaginés, romano y visigodo, siendo a su vez luego continuada por el genuino estilo andaluz posterior ya de lengua española. En los antecedentes están los mil años de colonización fenicio-cartaginesa en el Sur, como preparatorios del estilo libanés-sirio en el Jalifato cordobés; y están los arcos del acueducto de los Milagros, en Mérida, donde Gómez Moreno encontró antecedentes de la mezquita cordobesa. En las prolongaciones de lengua española ha sido Dámaso Alonso quien ha señalado cómo la poesía del cordobés Góngora equivalía a la de los antiguos poetas musulmanes de *Al Andalus*. En lo permanente de siempre, el padre Patrocínio García ha demostrado los orígenes sintéticos comunes de la música hispanomarroquí que es distinta de la del llamado «Próximo Oriente»...

Así, respecto a la cultura hispanomarroquí antigua y medieval hay ya dos realidades demostradas por la investigación: 1.ª Que es la síntesis más perfecta de todas esas influencias latinas, arábigas, etc., que citan los «mediterrancófilos». 2.ª Que en su forma de síntesis tiene particularidades y superioridades especialmente hispanomarroquíes explicables porque en sus orígenes y durante decenas de siglos Marruecos con el Sur de España han formado un mismo país. La aplicación de la primera verdad es la de que la cultura hispanoárabe guarda las mejores esencias humanistas de un humanismo con dos caras, al Este y al Oeste, y de una religiosidad que en lo cristiano y mahometano ha dado las figuras místicas más excelsas con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, o con Abenarabi de Murcia y Muley Abdesselam de Beni-Arós

en Yebala, pertenecientes los cuatro a la misma escuela del misticismo chadilí.

Todas estas realidades históricas y vivientes desmienten la creencia de que los países del MAXRIQ como Egipto, Iraq, etc., sean los únicos parientes de Marruecos mientras España se reduzca al simple papel de vecino. En realidad, con ambos sectores tiene Marruecos parentesco, pero más con el lado español, no sólo por unidad geográfica física y hecho indudable de que el fondo racial es en ambos lados el berebere o ibero, sino porque la arabización cultural marroquí se hizo desde Andalucía y no desde el llamado «Oriente». El misticismo, el Derecho Malekí, las instituciones del Majzen, la arquitectura, la artesanía, la música, las formas dialectales arábicas, las modas de vestir tradicionales, etc., etc., son cosas análogas a otras españolas antiguas y conservadas hasta hoy, porque Marruecos políticamente no estuvo nunca sometido al Imperio osmalí, como Argelia, Túnez, Egipto, etc.

No cabe duda de que la consecuencia de esto no puede ser más que la necesidad de enderezar toda la vida social, cultural y política de la Zona del Protectorado en el sentido único de restaurar el fondo común de la cultura hispanomarroquí. Y de acabar con costumbres tan antipatrióticas como la de llamarle «europeos» a los españoles que allí viven e «indígenas» a los marroquíes, olvidando que unos y otros pertenecen a la misma familia, como incluso demuestran frecuentes apellidos comunes.

Que esta realidad hispanoárabe de *Al Andalus* es la unión posible lo prueban hasta los textos de los polemistas tetuanés en la revista *El Día* (AN-NAHAAR), antes citados. Porque el profesor Valderrama llegaba como consecuencia de su tesis a la conveniencia práctica y real de que Marruecos estreche cada día más los lazos intelec-



tuales con España, país que una vez constituyó un solo cuerpo con Marruecos. Y su aparente contradictor «Alib» también llegaba a la conclusión de «hacer más patentes los lazos de las dos razas y más posible la compenetración que en la Edad Media hubo entre ambas naciones».

Para todo ello un símbolo vivo de la unión puede ser el que en Tetuán está ahora preparando el profesor libanés D. Musa Abbud. Se trata de la primera traducción completa al idioma arábigo de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, obra que Cervantes atribuye a un sabio musulmán. D. Musa Abbud, cervantista entusiasta, más que una versión de la obra cervantista inmortal, ve en la traducción un medio de difundir su intención noble y caballeresca entre un mundo cultural árabe muy sensible a esa llamada, el mismo mundo del que Cervantes sacó a Sidi Hamed Benengeli. Dando así al soñado nuevo humanismo de dos caras uno de sus más perfectos instrumentos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

